

REFLEXIONES

Ni mejores ni peores

■ La pregunta me pilló de sorpresa. ¿Por qué hoy no hay mejores músicos que Beethoven, ni dramaturgos de mayor vuelo creador que Shakespeare, ni pintores y escultores con el talento de Miguel Angel?

Quien formula la pregunta tiene una visión pesimista de la cultura. El cree que vamos cuesta abajo, que la civilización ha ido ahogando lenta y seguramente al artista y que, desde hace tiempo, la ascendente evolución del hombre hacia lo sublime se ha estancado. Compara nombres de otras épocas con los actuales y niega con la cabeza y suspira.

Yo le digo que está equivocado, que su pregunta está mal formulada, que sin darse cuenta él está aplicando al ejercicio artístico las mismas reglas del deporte y que está pidiendo que se batan récords en un campo donde no existe esa competencia, por más que los periodistas de puro aburridos, con la ausencia de noticias proverbial de fines de año, suelen llenar páginas de periódicos y revistas haciendo rankings de todo.

Yo creo que un artista es o no es. Y eso es todo. Al lado del escritor siempre habrá escritores, como el que recuerda Vargas Llosa en su última novela, junto al músico, el insignificante can'tautor de moda y frente al pintor, el pintamonos aficionado y mediocre, pero separados estos seudos artistas de los verdaderos no hay entre ellos mejores ni peores.

¿Es Shakespeare un dramaturgo mejor que Antonio Acevedo Hernández? En un sentido absoluto, tal vez podamos contestarnos afirmativamente, pero Acevedo Hernández hizo lo que no podía hacer Shakespeare con todo su ge-

nio: dar vida dramática y, así, hacer trascender al anónimo minero chileno o al campesino del valle central. Balzac puede que tenga más fama que José Donoso, pero este último logra en sus novelas lo que Balzac estaba impedido de hacer: exhibir el mundo decadente de una aristocracia venida a menos y el emerger de una clase media de diferentes valores. Y lo que decimos de dramaturgos y novelistas, es válido para músicos, pintores y escultores.

Los artistas son testigos de una sociedad y sus circunstancias históricas. Testigos subjetivos que, a través de sensibilidades diferentes, develan la verdadera identidad de ella. Como tales testigos no pueden ser unos mejores y otros peores, simplemente su testimonio versa sobre temas diferentes y son expresados con voces distintas. En la medida que un país tenga un mayor número de artistas, es a identidad nacional se hará más ostensible.

Pero mis argumentos no convencen a mi amigo pesimista. El cree que, en todo, existen escalafones, que la historia ha conservado el nombre de los mejores y que tiene destinado el olvido para quienes no llegan a ciertas misteriosas marcas y que no habrá quien pueda superar el récord de Beethoven, de Shakespeare o de Miguel Angel. El cree que el artista es un ser intemporal que no tiene ni época ni lugar, que él representa un valor universal como es la belleza y que ella principia a extinguirse en este mundo prosaico y vulgar.

Y, consecuente con su pensamiento, se enfrasca en la lectura de Homero, mientras yo me sumerjo en la lectura de unos textos aún inéditos de Jorge Díaz.

PARTIQUINO.